

RAFAEL CALDERA

**DE SAN FELIPE "EL FUERTE"
A SAN FELIPE "EL BUENO"**

MAYO 1981

**DISCURSO DE ORDEN PRONUNCIADO POR EL
DR. RAFAEL CALDERA, EX-PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
EN LA CONMEMORACION DE LOS 250 AÑOS DE LA
FUNDACION DE SAN FELIPE, 1º DE MAYO DE 1981**

Desde países del Lejano Oriente, a miles de kilómetros de aquí, he venido dispuesto a cumplir con mi pueblo. El honroso encargo del Concejo Municipal de San Felipe, para que llevara la palabra en el acto conmemorativo de los doscientos cincuenta años de la fundación de nuestra ciudad, ha constituído para mí no sólo una sagrada obligación sino un motivo de satisfacción muy grato. La visión maravillosa de aquellas tierras increíbles no pudo apartar de mi mente el pensamiento en la patria y, concretamente, en la región nativa. Las Filipinas geográficamente son nuestras antípodas; ahora mismo, allá, son las 5 de la madrugada; pero encontré tanta afinidad con nuestra manera de ser, en la amplitud cordial y hospitalaria del pueblo filipino y de toda su gente —desde los más altos dignatarios hasta la gente más sencilla— que no me costó trabajo alguno decirles que el gentilicio de mi patria chica algo tiene en común, puesto que si ellos son los “filipinos”, yo soy “sanfelipeño”: ellos por el poderoso y discutido Felipe II, nosotros por el primer borbón, Felipe V. La distancia de dos siglos y la diferencia de significación histórica tampoco impiden el que ambos pueblos recuerden los trazos fundamentales de una cultura cristiana que el tiempo no destruye y que tuvo la virtud de mezclarse a través de todas las vías del universo, con los diversos aportes ecuménicos del hombre universal. A las orillas del Pacífico la contemplación de la belleza insustituible de los mares me hizo reflexionar sobre la interminable suce-

sión de la historia y la continuidad en medio del dinamismo de las convulsiones, del modo de ser de cada nación y de la propia identidad de cada pueblo.

Estamos reunidos aquí hoy con la honrosa presencia del Jefe del Estado, para recordar que hace dos siglos y medio se instaló, en este mismo sitio, nuestra urbe, aupada con el título de ciudad que el Rey le había otorgado en Sevilla el 6 de noviembre de 1729, mediante Real Cédula que el Gobernador Don Sebastián García ordenó pasar en ejecución el 15 de octubre de 1730 "dándole el nombre de San Felipe El Fuerte" (Relación del Lic. Juan Tomás Fort, en Altolaquirre, (Relaciones Geográficas de la Gobernación de Venezuela, pág. 96).

El núcleo urbano existía, por lo menos, 37 años antes. Adoptando la fecha de referencia establecida por el Obispo Mariano Martí, que visitó a San Felipe en 1782, "se comenzó a fundar en el año de 1693 con la denominación de pueblo de los Cerritos de Cocorote" (Relación y Testimonio Integro de la Visita, Tomo III). Había comenzado, en efecto, al lado del pueblo de indios de San Gerónimo de Cocorote, como un agregado de españoles y en aquella fecha se acude al Obispo Baños y Sotomayor para que autorice la erección de una iglesia: en los documentos que hace años revisé pacientemente en el Archivo Nacional encontré la variada denominación de "El Cerrito de Cocorote", "Los Cerritos", "Sitio del Cerrito", "El Cerrito" "Sitio de los Cerritos", "Los Cerritos de Cocorote".

Si múltiple había sido su nomenclatura, una e inconfundible fue su personalidad; recia su lucha por afirmarse y diversa su suerte, con la victoria rotunda cuyos dos siglos y medio conmemoramos hoy, hasta el trágico suceso que produjo su desaparición, el 26 de marzo de 1812, a consecuencia del cual, según el virtuoso levita

Presbítero Mateo Brizón, "no quedó piedra sobre piedra". Lucha dura, que le valió el cognomento de "fuerte" y que nos hace recordar aquellos versos de Lope de Vega ("Adonis y Venus");

No estiman los hombres
las empresas llanas
todo lo que es fácil
como fácil pasa.

Para el momento de la visita del Obispo Martí, quien llegó por "frogosos caminos", la ciudad tenía 5.020 habitantes (blancos, 1.307; indios, 256; pardos, 3.025; negros, 232; esclavos, 300); distribución que refleja, más o menos, la composición étnica de Venezuela antes de la independencia, en la que los llamados "pardos", es decir, los venezolanos resultantes de la suma de los componentes de nuestra población, predominaban netamente sobre los integrantes primarios, y el número de esclavos era notoriamente bajo.

Don Joseph Luis de Cisneros, en su "Descripción de la Provincia de Venezuela" de 1764, afirma: "Digo, pues, que la Ciudad de San Felipe es hoy la de más comercio de esta Provincia" (p. 98). Y no en balde de la Real Cédula que le dió rango de ciudad lo fundamentó, entre otras razones, "por concurrir en su territorio la fertilidad y demás circunstancias convenientes".

El Valle del Yaracuy había provocado a Federmann la más entusiasta descripción; sus pueblos fueron surgiendo por efecto de las reparticiones de la población nativa y del impulso admirable de las Misiones Capuchinas, que trajeron indios atatures y masparros de los ríos Guanare, Portuguesa, Boconó y Masparro. No podemos negar que Federmann exagerara al hablar de un "gran río llamado la-

racuy, **no menor que el Rhin**", pero no cabe duda que en aquellos tiempos su caudal, que motivó loables iniciativas e importantes esfuerzos para organizar su navegación, debía ser importante. Entre los misioneros, en su mayor parte andaluces, como Fray Pedro de Ubrique, Fray Pedro de Alcalá, Fray Miguel de Olivares, Fray Mariano de Sevilla y muchos otros, descuella un navarro, Fray Marcelino, natural de San Vicente de la Sosierra, sobre quien dice con razón nuestro lamentado paisano León Trujillo: "El actual San Felipe tiene una deuda de honor con él, porque fue por su esfuerzo, por su empeño personal, que la ciudad adquirió su título de tal" (Historia de Albarico, p. 56).

Ya que Fray Marcelino de San Vicente fue el más tenaz en sostener el derecho de los habitantes del Cerrito de Cocorote a vivir agrupados permanentemente en ciudad, frente a los cortos de visión y mezquinos de ánimo —que siempre los hay— que en la ya pujante ciudad de Barquisimeto pretendían que tolerarlo era correr el riesgo de que se despoblara la futura metrópoli centro-occidental. Estos llegaron a tomar acciones devastadoras contra los habitantes del Cerrito; Fray Marcelino amparó a los perseguidos y sostuvo la opinión de "que todos los que están agregados a la feligresía de la iglesia de Nuestra Señora del Valle de los Cerritos de Cocorote" (exposición del Gobernador y Capitán General Marcos de Betancourt y Castro, en 1717); e hizo frente hasta a la acusación de proteger hechos ilícitos. Se le imputó sostener "que es lícito en fuerza del decreto natural comerciar con naciones extranjeras", a lo que respondió sin vacilar: "dice el decreto canónico que ni el Pontífice ni el Emperador pueden dispensar en lo que es de derecho natural". (L. Trujillo, ob. cit. p. 261).

Los sanfelipeños tenían fe en su causa. Primero les destruyeron sus instalaciones y los empujaron a los campos; después los volvieron a reunir, pretendiendo que en los campos podían practicar más

fácilmente el comercio de contrabando y vivir en pecado; después arrasaron e incendiaron sus pertenencias urbanas; pero ellos, como lo dice el benemérito historiador regional don Manuel Antonio Meléndez, "compraron a Don Francisco de Mampalao y Soler quinientos solares de su fundo que se extendía entre el río Yurubí y la quebrada del Guayabál, por que en aquel tenso circuito no había realengo que servirles pudiera para el asiento de la ciudad que pretendían, y aquel lugar les presentaba la comodidad de ventilación y abundancia de aguas, sin tener el trabajo de repartir aguas y tierras con ninguna comunidad de indígenas" (Límites Larenses, cito).

Se reunieron el 1º de mayo de 1731 para la ceremonia inaugural, antiguos habitantes del Cerrito de Cocorote y algunos nuevos vecinos. Entre unos y otros los había provenientes de diversas regiones de la Península Ibérica y del Archipiélago Canario, incluyendo personas cuyo nombre revela origen portugués, continental o insular. En los numerosos documentos de la época —especialmente en aquella institución tan importante desde el punto de vista jurídico y político que eran los juicios de residencia— aparecen identificados muchos de los pobladores del Cerrito y de San Felipe, a lo largo de más de un siglo; mi tío Plácido Daniel Rodríguez Rivero, destacado cirujano cuyo nombre lleva el gran Hospital General de esta ciudad, acucioso historiador y apasionado amante del terruño, trae una relación muy nutrida en su ensayo sobre "Origen y Desarrollo de San Felipe el Fuerte", presentado a la Academia Nacional de la Historia como discurso de incorporación. Mencionarlos a todos sería exageración; podemos indicar que aparecen Larrea, Gudiño, Gainza, Lugo, Andrade, Alaejo o Alejo, Mujica, Sosa, Berastegui, Urquiola, Aparcero, Zabala, Cárdenas, Quiroga, Berois o Veroes, Salvatierra, Ordóñez, Galíndez, Tirado, Figueira, Arias, Garrido, Espinal, Ravel, Travieso, Leal, Salas, Pérez, Parra, de los Reyes, de la Fuente, Marroquín, Muñoz-Mayoral, Amestoy, Escudero, Fleitas o Freytes, Tinoco,

Espinal, Palabecino, Belisario, Zoza, Graterol, Montoya, Torrealba, Rodríguez Aguiar, Torres, Montañez, Sequera, Delgado, Cariño y numerosos más, muchos de los cuales han resistido al paso de los tiempos y aparecen hasta en los más modestos sectores de la población.

A ellos se vinieron a sumar otros, venidos con el impulso de la Compañía Guipuzcoana. La Real Compañía tuvo en San Felipe una Agencia dependiente de la Oficina de Puerto Cabello; el 15 de julio de 1730 salieron de Pasajes, en Vizcaya, los navíos "San Ignacio" y "San Joaquín" y la fragata "Guipuzcoana" y poco después, el 15 de octubre, la fragata "Santa Rosa", con una tripulación de 750 hombres (Archivo de San Sebastian, secc. B Fomento - Libro Nº 2, p. 177-180, cit. por Jules Humbert, Origenes, p. 109). Con esa expedición regresó a Venezuela la Comisión que fue a defender los derechos de nuestra ciudad y que vino portadora de la Real Cédula determinante de su triunfo, en cuyos antecedentes había tenido parte alguien a quien también debemos gratitud, el Gobernador Diego Portales Meneses.

Fue, pues, el Rey de Borbón, nieto del Rey Sol, Luis XIV, el que le dió su nombre a San Felipe; ahora, como el santoral señalaba de patronos el 1º de mayo a San Felipe Apóstol y conjuntamente otro apóstol, el menor Santiago, la expresión común de nuestro pueblo ha venido a crear una supuesta persona especial, pues en vez de decir —como lo pone el almanaque— "San Felipe y Santiago, apóstoles", celebra a su patrono, cuya imagen modesta pero muy querida venera en nuestra Catedral como una de las reliquias de San Felipe el Fuerte, con el nombre muy propio y exclusivo de "San Felipe Santiago".

Pujante fue el desarrollo de nuestra ciudad. A él contribuyeron aportaciones humanas venidas a través de la Compañía Guipuzcoana: guipuzcoanos como Zumeta, navarros como Maya, vizcaínos co-

mo Gurriola, canarios como Alvarez de Lugo, ocuparon posiciones de significación y tuvieron una prole que honró el gentilicio venezolano. Pero la vida de la ciudad fue también azarosa: unas veces por la permanente amenaza de grupos rebeldes en áreas circundantes, como el encabezado por el célebre Andresote, en 1732, desde la zona de la Costa (así llamada la extensión que se encuentra entre San Felipe y Puerto Cabello) o por hechos como el motín de 1740, de grave significación. Al mismo tiempo, el orgullo de la riqueza, debida especialmente al cacao y al esfuerzo de sus habitantes, encontraba su máxima expresión en la referencia, muy repetida, de que de San Felipe salieron para construir el Castillo de Puerto Cabello 300.000 pesos, lo que hizo decir a Don Pedro Sosa en la letra del Himno del Estado:

El soberbio Castillo almenado
que en el Puerto Cabello se ostenta
fue construido con oro esquilado
a mi zona feraz, opulenta.

El progreso era palpable. Las primeras construcciones cedieron rápidamente paso a otras más arrogantes, aunque todas rodaron por el terrible sacudimiento de la tierra. El Yaracuy es tierra de mitos y leyendas. El propio cacique Yaracuy, prototipo de la raza aborigen, está envuelto entre velos que lo aureolan y a la vez lo confunden; Cecilia Mujica, la heroína patriota cuya inmólación ha inspirado la suite musical del maestro Angel Sauce, con la letra de Manuel Rodríguez Cárdenas, presenta matices contradictorios entre aspectos de la tradición y el análisis de los historiadores; y María Leonza, ahora, ha venido a convertirse en un personaje nacional cuyo origen y proyecciones se mixtifican entre las neblinas de Sorte; asimismo, la trágica historia del terremoto del 26 de marzo dió origen a misteriosas tradiciones trasmitidas oralmente de generación en gene-

ración. De labios de mi tía, Ana Elodia Rodríguez Rivero, una insigne mujer que apenas salida de la adolescencia asumió la tarea hercúlea de ayudar a su padre a levantar sus once hermanos huérfanos de madre, oímos de niños —entre embelesados y aterrados— la descripción de los sufrimientos de los sobrevivientes del terremoto, azotados después del sismo por el desbordamiento del río Yurubí y por hordas de malhechores; y la versión de que un misterioso mendigo había visitado —una por una— las casas aquel Jueves Santo y —como si fuere encarnación de alguien divino— había otorgado protección especial a los hogares donde había recibido humano trato y más genuina caridad.

Una de las leyendas más sostenidas en la tradición lugareña fue la del Misionero que, herido por una supuesta ingratitud de los sanfelipeños, al salir hacia Caracas, rumbo a España, había lavado sus sandalias en el río Yurubí y maldecido la ciudad. La maldición se había cumplido el 26 de marzo de 1812. Se ha mencionado al propio Fray Marcelino de San Vicente, como el personaje de la historia, pero éste continuaba vivo muchos años después de la Fundación de nuestra ciudad, en el pueblo de San Javier, o misión de San Francisco Xavier de Agua de Culebras, que él mismo fundara, donde estaba todavía, de 87 años de edad, ciego y tullido. Sin duda, el hecho se refiere a Fray Sebastián de Bayona, de quien dice Meléndez que “enviado para Caracas entre las seguridades de unos cordeles y una escolta, en medio de los furiosos de su santa ira lanzaba terribles maldiciones, no contra el Teniente Larrea que le deportaba, sino contra aquel pueblo de incrédulos que veía padecer, y no le libertaba, al apóstol de Cristo. Así al menos lo creía él —dice Meléndez— aunque sus compañeros los otros misioneros nos le pintarían en la campaña de los negros, mejor soldado que evangelista” (Límites Larenses, p. 27 y s.). A ello hace referencia amarga Fray Froilán de Rionegro, que afirma: “después de haberlos sacado los Misioneros Capuchi-

nos del mayor ahogo en que se hallaban viviendo (como dicen) en los montes por haberles demolido sus casas, mal agradecidos a este beneficio, no cumpliendo lo que habían estipulado con nosotros, en vez de fomentar los pueblos de nuestras Misiones, intentaron destruirlos, por apoderarse de las tierras de los indios" (Relación de las Misiones de los Capuchinos en las antiguas provincias españolas, hoy República de Venezuela, p. 310-329).

Quando ocurrió la espantosa catástrofe, San Felipe había dado frutos de óptima calidad a la vida venezolana. Muchos de ellos fueron próceres y mártires de la Independencia. Los Villarreal, por ejemplo, de Granadilla de Abona, Tenerife, Islas Canarias, llegados en 1745, produjeron a un sacerdote patriota, Santiago Villarreal Travieso, que murió en 1813 alanceado por las hordas de Millet (Rodríguez Rivero, Origen y Desarrollo de S. F. el Fuerte, 2ª ed. p. 53) y al primer sanfelipeño que se dedicó a la Medicina, José Rafael Villarreal, "de un talento y luces sobresalientes" según afirmó nadie menos que José María Vargas, y el primero que dijo "¡no!" ante la pregunta de Empanan el 19 de abril de 1810, fallecido en Caracas en el mismo terremoto de 1812. Los Álvarez de Lugo, entre los cuales Juan José, eminente sacerdote, fue Secretario del Arzobispo Ibarra, y José Gabriel, uno de los ilustres próceres de la Independencia Suramericana. Los Maya, cuyos progenitores venían de la Villa de Lesaca, en Navarra, reflejaron la contradicción perenne de aquel antiguo reino, cuando Manuel Vicente, egregio sacerdote, ex-Rector de la Universidad de Caracas y Gobernador del Arzobispado a la salida de Monseñor Coll y Prat, en representación de la Grita salvó el voto en la declaración de Independencia el 5 de julio de 1811, mientras que Juan José, su hermano, jurisconsulto de talla, que iba a presidir el Congreso en uno de los períodos de sus sesiones en Valencia y el rumbo de cuya vida ha perdido la historia, suponiéndose que murió en el exilio en alguna isla del Caribe, votó afirmativamente como Diputa-

do de San Felipe. Los Zumeta, de los cuales Rafael Antonio se entregó desde 1810 a la lucha por la Independencia, casó en Angostura y quedó lesionado en la batalla de Yagual, Juan José, su hermano, murió en servicio patriota en Upata en 1818 y José de Jesús, otro hermano, muerto en la batalla de Arao. Los Liendo Larrea, de los cuales José Gabriel fue fusilado por los realistas en 1813 después de haber sido, entre otras cosas, Comandante Militar de Guama; Juan José Coronel y José Joaquín, presbítero patriota como aquéllos. El Capitán Ramón Fréitez Travieso, que murió en la batalla de Araure; Francisco Javier Jaén Torres, presbítero, que fue enviado preso a España por patriota en 1814. Y el gran José Joaquín Veroes, de humilde origen, fraternalmente ligado con los Alvarez de Lugo, quien recibió su diploma de Coronel firmado por el Libertador en 1826, combatió en la toma del Callao a las órdenes del General Bartolomé Salom, volvió a San Felipe y sus restos reposan en el Panteón Nacional.

El centauro José Antonio Páez, de familia sanfelipeña, vivió y se formó en parte en San Felipe adonde lo llevó su pariente Domingo Páez, natural de Canarias, para darle ocupación en sus negocios, que eran bastante considerables "Según su autobiografía". Allí adquirió seguramente su primera experiencia en administración. Su medio hermano Domingo Suárez actúa en el grupo de partidarios de la República, y su sobrino Carmelo Fernández, a quien se van a tributar los honores del Panteón Nacional, entró a la historia como el dibujante del perfil olímpico del Padre de la Patria en la moneda venezolana, cuya copia preside sitio de honor en el despacho del Gobernador del Estado Yaracuy.

Nombrar a todos los hijos de San Felipe el Fuerte que se distinguieron en las letras o en carreras universitarias haría muy largo este ya extenso discurso. Recordemos, por ejemplo, a Juan Cayetano Mujica "jurisconsulto eminente y honorable", nacido en 1765, quien

hizo práctica jurídica durante 4 años con el Dr. Francisco Espejo (Rodríguez Rivero, ob. cit., p. 52); a José Alejandro Avendaño, Bachiller en Medicina en 1810; a José Tomás Larrazábal, que en 1809 era Secretario de Gobierno del Arzobispado; a José Félix Amestoy, bachiller en Teología en 1809, doctor en 1811 y Secretario del Real Seminario de Caracas; Pablo Alavedra, doctor en Teología, catedrático de Filosofía de Seglares y de Teología de Menores, y Secretario de la Universidad hasta 1851; a Don Antonio del Barrio, maestro y al Pbro. Dr. Francisco Xavier de Fuenmayor, profesor de Gramática y Retórica; al Lic. Manuel José Figueira, Cura de Guama en 1765; al presbítero José Tinoco, Cura Semanero de San Felipe, y antes, al Padre Pedro José Daboín y otros virtuosos ministros del culto, como Juan José Montañez-Matos, Teniente Cura de San Felipe en 1778 y Cura desde 1786, Fray Ignacio José Muñoz Nadal, mercedario, su hermano Félix Santiago, presbítero, Ramón Ascasio Muñoz Canisio, su medio-hermano, presbítero, Francisco Antonio Figueroa Tovar, cura de San Felipe en 1765, Bartolomé Cayetano Antiqui Mujica, cura de Tinajas, y muchos otros, entre los cuales destaca la figura brillante e ilustre de Diego Núñez, educador y patriota, acerca de cuya triple condición de sacerdote, "digno por su ciencia y virtudes a toda consideración y destinos de su ministerio", según el Gobernador Bernabé Planas, ha escrito un emotivo ensayo el cronista de San Felipe, nuestro querido Nicolás Perazzo.

Numerosos casos de los que he citado y otros más que podrían invocarse dan fe de la adhesión de los sanfelipeños al movimiento de lucha por una Venezuela libre.

El himno del Estado en una estrofa dice:

Yo no quise acatar la Regencia
y firmé con patriótico empeño
aquella acta en que el pueblo avileño
con orgullo exclamó: Independencia!

Y así fue. Pero el terremoto coincidió casi con la pérdida de la primera República y la reacción realista fue de suma dureza; sin embargo, en 1813 estaban de nuevo los sanfelipeños plantando una rama de palma con el nombre de "árbol de la libertad".

Es posible imaginar lo difícil que habría de ser la tarea, no ya de reconstruir a San Felipe, sino de construirlo de nuevo. Es precisamente Nicolás Perazzo a quien podemos acudir para comprender ese proceso. "Lentamente —nos dice— se fue formando el nuevo San Felipe. El San Felipe de los sanfelipeños que buscaron instalarse por los lados del Municipio actual de la Independencia y los que se fueron hacia el pie de los cerros próximos. Pero también hubo sanfelipeños, acaso descendientes de los recios pobladores del Cerrito o los Cerritos de Cocorote, que persistieron en su empeño de no abandonar aquellos lugares y que, si no les fue dado hacerlo sobre el mismo perímetro de la catástrofe, lo hicieron a su vera, del lado acá de las ruinas del Templo de Nuestra Señora de la Presentación, y cerca, muy cerca, del Panteón o Cementerio contiguo a la que fuera suntuosa Casa de Oración por tantos años. El nuevo cauce del Yurubí les sirvió de aliciente en su desesperada situación. Y así fueron alzándose las humildes viviendas de los primeros días y, luego, en sucesión lenta, con el logro de esenciales recursos y el regreso de los que pudieron salir a buscarlos por otras partes, moradas mejores, pero nunca como las que se perdieron en la tarde trágica del 26 de marzo" (Ojeada sobre Historia de San Felipe El Fuerte, Revista "Líneas", N° 232, Caracas, agosto 1967).

Los viejos sanfelipeños se metieron de lleno en esta empresa. Entre ellos estaban ilustres próceres como José Joaquín Veroes y Rafael Antonio Zumeta, quienes después de la guerra magna vivieron y murieron en San Felipe. Mucha gente vino de otros lugares: como los Rivero, Agustín y Eduvigis, de la Provincia de Coro, a mediados

del siglo XIX. Después vinieron otros, como los Domínguez Tinoco, los Delima y Ferreiro; los italianos Rizutti, Serva, Pifano, Perazzo, Longobardi y otros que llegaron a fines del siglo XIX o principios del siglo XX. Todos ellos y sus descendientes se distinguieron por amar a Yaracuy y a San Felipe tanto o más que a sus comarcas originarias. Las corrientes migratorias han seguido enriqueciendo después nuestro potencial humano y continuando los caminos abiertos por quienes los precedieron aquí.

La vida no fue fácil en la nueva ciudad que, superando el mito de Sísifo comenzaba de nuevo a vivir. Su papel como centro ordenador de la vida de todo el Yaracuy no estuvo nunca en duda; pero el lograrlo implicaba un esfuerzo tanto mayor cuanto más dura era la tarea de la reconstrucción. La autonomía del Yaracuy fue siempre una especie de motivo ideal, de objetivo impulsor: primero como Provincia y, después, como Estado. Los términos jurisdiccionales que tenía la ciudad de San Felipe y la ciudad de Nirgua durante la vida colonial fueron sufriendo modificaciones de acuerdo con los diversos sistemas de división político-territorial; y su ubicación fue variando a medida que se fue aumentando el número de las entidades regionales. Primero formaban parte de la Provincia de Venezuela o Caracas; luego al crearse la Provincia de Carabobo, pasaron a integrar a ésta; y cuando fue creada la Provincia de Barquisimeto, la antigua jurisdicción de San Felipe el Fuerte pasó a depender de aquélla, quedando en Carabobo la antigua jurisdicción de Nirgua. En 1855 fue, por fin, creada la Provincia del Yaracuy, que agrupó los antiguos términos de San Felipe y Nirgua; el Presidente José Tadeo Monagas le puso el Ejecútese a la Ley respectiva el día de San José, que ha sido por ello con razón declarado como Día del Yaracuy. San Felipe fue la capital de la Provincia.

La Revolución Federal consagró al Yaracuy como uno de los 20 estados de la Unión; pero en las Constituciones posteriores, que re-

dujeron el número de entidades federales, se volvió a hacer del Yaracuy una sección de Lara, con excepción de Nirgua, que se asignó nuevamente a Carabobo, hasta 1909, en que la vuelta a los veinte Estados consagró definitivamente esa ansiada autonomía, cantada en nuestro himno regional por el poeta Don Pedro Sosa, con música del maestro Abdón Ramírez. En la culminación de ese proceso es imperativo mencionar a los Generales Diógenes Torrellas Urquiola y Juan Victoriano Giménez y en las luchas subsiguientes, a Don Pedro Lizarraga, jefe político de los yaracuyanos que estuvieron al lado de la Revolución Libertadora, hermano del filántropo Dr. Luis Lizarraga, médico de varias generaciones.

Durante todo el azaroso y áspero siglo XIX hombres distinguidos, como Juan Fermín y Juan Eusebio Colmenárez, Mariano Isava Alcalá, Juan Elizondo, Antonio María Salom, Pedro Pablo Guédez, Tsalio Fortoul Zumeta, Arturo Olmeta, Genaro Zumeta, Pedro Sosa, Paulo Emilio Avila, Rafael Lugo, Martín Garrido, Gabriel, Joaquín y Pedro Zumeta, José Joaquín Freytez, Pedro Amaral, Agustín Arillaga, José Antonio Cordido, el educador José Tomás González, Manuel Lavado, Manuel Ferreira, etc., se fueron complementando y sucediendo en el esfuerzo.

No sigo un riguroso orden cronológico, ni trato de precisar la aportación de cada uno, porque, de lograrlo, se convertiría este discurso en un interminable relato.

Antes de finalizar el siglo, San Felipe tenía un Colegio Federal que dirigió nuestro abuelo el Dr. Plácido Daniel Rodríguez Obregón, médico venido de Caracas; en él se formó el educador yaracuyano Trinidad Figueira; en 1855 había una "Imprenta Yaracuyana"; se construyó Matriz, (hoy reemplazada por la moderna Catedral, una de las más bellas de Venezuela), en la cual conocimos durante la niñez

al elocuente orador sagrado que fue su titular por muchos años, el presbítero Fidel R. Tovar y por la cual pasaron después insignes prelados como Mons. Víctor Julio Pineda y Mons. Juan José Bernal, después Arzobispo de Ciudad Bolívar y Arzobispo-Obispo de Los Teques, quien siempre recordaba con afecto su permanencia en San Felipe.

Lampo brillante en la historia cultural del Yaracuy fue el Colegio Montesinos, que aspiró a continuar la labor del célebre colegio "La Concordia" de El Tocuyo de don Egidio Montesinos, en el cual habían estudiado Gil Fortoul y Lisandro Alvarado y a una de cuyas últimas promociones perteneció, por cierto, mi padre adoptivo, el quiboreño Tomás Liscano, para este entonces Secretario Privado del General Giménez. León Trujillo se emociona cuando nos cuenta acerca de esta hermosa aventura, patrocinada por el Presidente del Estado, General Juan Victoriano Giménez, quien daba clases de Historia Universal bajo el Rectorado de Trinidad Figueira, acompañado por otro insigne educador, Federico Quiroz Rodríguez. "Entre Figueira y Juan Victoriano Giménez se hizo la compra del material didáctico del Colegio La Concordia. La Biblioteca Montesiniana pasó íntegra a San Felipe; el Gabinete de Física y el Laboratorio de Química fueron instalados y remozados en locales apropiados; la Colección Mineralógica, fruto de trabajo del viejo Maestro occidental fue colocada en vitrinas especiales; la colección de mapas, todo un tesoro para la época, se organizó en mapoteca especial; las cartas geológicas, que en una secuencia gráfica explicaban las diferentes edades, con la fauna y la flora, en labor hecha a todo color, mostraban a los alumnos la teoría de la formación de la tierra; un curioso aparato, con mecanismos de relojería reproducía en miniatura el sistema planetario: todo un caudal de riqueza docente y en lo alto del salón principal, adosada a la pared, una imagen del viejo Montesinos, de barba blanca, de mirada serena, presidía el conjunto, para recordar a maestros y alumnos que la herencia había que cuidarla

y aumentarla, para entregarla así a las nuevas generaciones" (León Trujillo, Historia de Albarico, p. 184).

Estuvimos entre los menores alumnos del Colegio Montesinos de San Felipe, haciendo el primero y el segundo grado de educación primaria con el maestro Carlos José Paiva, un hombre de reconocida autoridad moral en el Magisterio, por lo que le eligieron años más tarde, presidente de una convención nacional de la Federación Venezolana de Maestros. Pero cuando volví, poco tiempo después, de Caracas a San Felipe, el Colegio Montesinos había desaparecido. La Escuela Padre Delgado, de varones, y la Cecilia Mujica, para niñas, cubrían hasta el 6º grado de educación primaria. Los que querían seguir Bachillerato tenían que ir internos a Barquisimeto o Valencia, o trasladarse a Caracas. Venezuela había retrocedido; San Felipe no fue la excepción; pero su gente continuó hacia adelante, dando positivos valores, que el tiempo en su implacable empeño de destruir falsas reputaciones y de establecer comparaciones se ha encargado de acreditar. Muchos de aquellos muchachos de formación entre rural y urbana del San Felipe donde nos distraían tipos pintorescos como Don Manuel Cariño o como Saborión y Dulce Piña, o de las misas de aguinaldos mañaneras con empanadas de la señora Sabina, han sido y son figuras descollantes de la Venezuela moderna. Nombrar a algunos sería correr el riesgo de omitir a otros; permítaseme una excepción para englobarlos en el sabio investigador de la Medicina Tropical y maestro de varias generaciones universitarias Félix Pifano, quien además de su mérito intrínseco y de su fidelidad al terruño tuvo la suerte de nacer, como San Felipe, un 1º de mayo, lo que es otro motivo para destacarlo. Sin dejar de lado a los símbolos de la resistencia cívico-militar contra la más larga tiranía, Alberto Ravell y el Tte. Rafael Antonio Barrios Véliz.

Quisiera poder hablar de tantas cosas y de tanta gente que pasan por mi memoria en este instante. La capacidad de fatigar tiene, sin

embargo, cierto límite, si no por la locuacidad de quien evoca, al menos por la paciente tolerancia del que escucha. Lo cierto es que, desaparecido San Felipe El Fuerte, fue surgiendo el San Felipe de hoy, al que conocemos y amamos y al que me atreví a llamar, en el discurso de recepción del primer Obispo de la Diócesis, el ilustre prelado Mons. Tomás Márquez Gómez, "**San Felipe el bueno**". Pero quisimos ofrecer a los sanfelipeños el testimonio visual de la historia. Removiendo escombros, iban apareciendo los muros de los que fueron edificios, e iglesias —en especial la de la Presentación— descritas con minuciosidad en la visita del Obispo Marti; los ojos iluminados de Mauro Páez Pumar fueron reconociéndolos; fueron mostrándose sus calles, y hoy tenemos este parque evocador como partida de bautismo, a la vez que compromiso de supervivencia y desafío de grandeza, para nuestra ciudad. Manuel Rodríguez Cárdenas, el admirado cantor de nuestra tierra, en un soneto que le encargamos para el Pórtico del Parque de San Felipe el Fuerte, escribió este terceto:

y los ojos descubren asombrados
cómo del mar del tiempo y de la muerte
retorna vivo San Felipe el Fuerte.

Y así es, sin duda. La ciudad progresa: Sus centros de cultura se extienden; ya no son solamente lo que a principios de siglo mantuvieron con loable esfuerzo Trinidad Figueira y Luisa N. de Morales. Liceos, Escuelas Técnicas y Artesanales son coronados por un Instituto Tecnológico Universitario, depositario del mejor orgullo de la juventud yaracuyana. Está en marcha un complejo cultural "Andrés Bello". Se impulsa la transformación del casco urbano; se lleva a los habitantes marginales la seguridad comprobada de una vida mejor; se estudia y proyecta con seriedad el desarrollo de la región.

El Primer Congreso sobre el Desarrollo Integral del Estado Yaracuy, reunido con el propósito de "constituir un marco de referencia dentro del cual debe orientarse nuestro desarrollo, a través de la definición de criterios fundamentales y la determinación de prioridades", según lo expresó el Gobernador Juan José Caldera (orgulloso de su ancestro yaracuyano y consciente de su grave compromiso con el Estado, que lo eligió su Diputado durante dos sucesivas elecciones, y con el Presidente de la República, que le confió la dirección del Ejecutivo Regional) se realizó para "planificar un crecimiento ordenado y armónico y el pueblo yaracuyano evidenció su voluntad de ser sujeto activo en la configuración de su propio destino".

En ese Congreso, dentro del marco general, preocupado por el Valle del Yaracuy, por utilizarlo aprovechando bien el agua represada en Cumaripa, por desarrollar el Valle de Aroa y facilitar el aprovechamiento del Valle de Nirgua y de la represa de Cabuy; interesado en armonizar el desarrollo industrial en los lugares y áreas apropiadas y de potenciar la riqueza fundamental del Yaracuy, que es la fertilidad de su tierra, se asigna a San Felipe el papel rector que la naturaleza le confió y del que tuvieron visión, con largo alcance, los fundadores de San Felipe el Fuerte. "San Felipe —dice el documento fundamental— debe afianzarse como centro de servicios institucionales, administrativos, educativos, comerciales, financieros y asistenciales".

"Al nuevo Yaracuy no lo detiene nadie" es una consigna que he oído resonar como un toque de clarín para toda su gente y en especial para su juventud. De todos nosotros depende hacer que esa consigna no se pierda. Yaracuy está llamado a ser un Estado piloto y lo pretende con dinamismo juvenil. Y si "al nuevo Yaracuy no lo

detiene nadie", estamos conscientes de que San Felipe ha de ir e irá siempre gobernando la nave, taladrando su cielo, conquistando con voluntad de triunfo las extensiones ilimitadas del porvenir.

Entre las ruinas de San Felipe el Fuerte proclamamos ahora la pujanza del nuevo San Felipe, que estamos empeñados en hacer una de las ciudades más agradables, más limpias y más afortunadas en la extensión de nuestra patria. Y por ello se me ocurre que sobre estas ruinas gloriosas, que durmieron tantos años cubiertas por el polvo y por la majestuosa sombra de corpulentos árboles, cuidadas por el amor solícito de un viejo sanfelipeño, don Luis Giménez, si que podría repetirse mejor que en otra parte la frase de ese vals de Rafael Andrade que ha venido a ser considerado como un segundo himno regional yaracuyano: "Morir es Nacer"!

